

**YO SÓLO QUIERO CAMINAR**  
SEGUNDA PARTE: EXTRACTO

*Día grande, mare  
el que lo encontré  
lo he señalao a punta de navaja  
sobre la paré*

Llego temprano al teatro; él canta esta noche. Hay otros también, muchos otros por descubrir o ya conocidos, ya amados por mí. Pero es a él a quien he venido a escuchar. A él a quien he venido a ver. Él: Antonio "el Cuervo". Lo conozco, conozco su canto, por un casete que compré en el camino. En la portada, el rostro del hombre es grande y regordete. El rostro no concuerda con la voz. La he escuchado tanto que está desgastada; en algunos momentos, la voz se distorsiona. Siempre la escucho a oscuras, tumbado en la penumbra.

Ya hay gente reunida frente a la entrada y en los bares de los alrededores. Es en el que está justo al lado del teatro donde me encuentro con los estudiantes de las clases de "El Espeleta". Rápidamente me emociono mucho, no sé por qué, pero los demás también, todos. Hay una ligereza en el aire, una ligereza como una alegría, que te arrastra. La forma en que mis compañeros me reciben es bastante inusual. Por primera vez, son cálidos, como si hubieran acumulado, después y con la hostilidad que han sentido hacia los extranjeros, una calidez increíble que no habían podido expresar hasta ahora. No intento entender; probablemente sea porque nos encontramos por primera vez en un lugar diferente, y también porque es el estreno de "La Cumbre". La primavera llegó hace dos días, de repente. Por lo visto, así es aquí, que no hay estaciones intermedias y que el verano ha llegado antes de tiempo. A las siete de la tarde, el aire todavía está cálido. Pido una copa de *Hasta* La tomo entre mis manos y camino hacia la puerta. Cierro los ojos; todo dentro es naranja. Doy un largo trago. Con los ojos aún cerrados, me apoyo en el marco de la puerta, pasando de la sombra a la luz plena. He dejado atrás el bullicio del bar y la calle está casi en silencio.

Las siete de la tarde es mi momento favorito del día. La noche es a las cinco, justo antes del amanecer. A las siete de la tarde, todo se calma y la gracia puede llegar; hay milagros que uno no ve a esa hora. Entrecierro los párpados; la luz aún me hace entrecerrarlos. A través de ellos, contemplo la calle; desciende suavemente, blanca bajo la luz del sol.

De repente los veo: tres figuras masculinas caminando a contraluz. Al principio, no logro distinguir si se alejan o se acercan. Se aproximan y siento un ligero e inexplicable mareo. Uno de los hombres cojea.

Me quedo mirando fijamente a estas tres sombras mientras avanzan con calma. A la derecha hay una pequeña y robusta; la del medio es más delgada y arrastra la pierna; a la izquierda, un tipo pequeño y flaco. Se acercan y oigo a una de ellas cantar. Es la más alta, la que cojea. Desde lejos, suena como una llamada a la oración, una especie de conjuro, con largos intervalos de silencio rítmico entre los versos.

La canción me impacta aún más que la imagen; permanezco inmóvil, apoyado en el marco de la puerta, clavado, sí, a un pelotón de fusilamiento. Ya están cerca. Son tres gitanos; el del medio, el que canta y cojea, es desgarradoramente hermoso. No hay otra palabra para describir su belleza. Tiene una gran cicatriz en la mejilla, su rostro está curtido por el sol o el viento, su cabello es muy negro y se riza alrededor de su cuello. Y luego está esa pierna que...

No levanta la vista para mirar a su alrededor. Sus pasos, con su pierna que se arrastra,

coinciden, arrastrándose miserablemente. Canta mientras camina, pero solo mira al suelo, ni una sola vez.

Con los silencios, marcan el ritmo de su canción. Los tres avanzan atrapados en la misma cadencia, la del hombre cojo.

Me abro paso a empujones en el bar para encontrar a alguien que pueda decirme quién es, quién es este hombre. Tengo que saberlo. Guío a uno de mis compañeros hacia la puerta. Él echa un vistazo rápido y dice: "*Él es Antonio el Cuervo*" "Estoy atónito, entonces yo Me oigo decir:—*¿Qué? ¿Está cojeando, Antonio el Cuervo? —Y mucho, ¿sabes?*" Tras decir eso, regresa al interior del bar, donde le esperan su bebida y sus amigos.

¿Antonio el Cuervo? No se parece a la foto del casete; no es el mismo hombre. Pero la voz, sí, definitivamente es esa voz inconfundible e impresionante. Incluso reconozco el canto. La voz le sienta mucho mejor a este rostro afilado que al gordo del casete pirata. Descubrir el verdadero rostro detrás de esta voz que he escuchado durante horas es asombroso. Descubrir este rostro...

Ahora está a solo unos pasos de mí, y contengo la respiración. Estoy de pie, completamente erguida, con el vestido que robé para esta noche, incapaz de apartar la mirada de él. Me mira. Sus ojos son negros, como brasas ardientes, y ahí estoy yo, esperándolo con una amplia sonrisa, una sonrisa que lo cubre todo. Entonces se detiene en seco, Antonio "el Cuervo", y me mira con gravedad. Frunce el ceño. Le devuelvo la mirada, valientemente, y luego con firmeza, aunque mi sonrisa tiembla. Tiemblo, me conmueve. Sus acompañantes también se han quedado inmóviles; están pensando en quién provocó la repentina parada. Pero yo solo lo veo a él. Entonces hace algo extraño: de repente apoya la rodilla de su pierna buena en el suelo y, así, arrodillándose en la acera, se persigna solemnemente. Luego besa el pulgar de su puño cerrado y abre la mano hacia el cielo, como una flor al sol. Lo hace mientras se levanta y me sonrío, una sonrisa encantadora con todos sus dientes de oro. Empieza a caminar de nuevo y... ¡ya no cojea! Incluso se le nota un ligero balanceo en las caderas, un gesto pequeño, elegante, casi arrogante. Sigo inmóvil, no he hecho ni un solo movimiento. Estoy cautivada; lo veo alejarse. Desaparece en el teatro.

Cierro los ojos, quiero ver, volver a ver lo que acaba de pasar. Caminó cien metros o más, cojeando, disfrutando de su cojera. Cojeando, llegó hasta mí, así que le sonreí. Me vio, vio esa sonrisa, y se arrodilló. Se persignó, se puso de pie y me dedicó una sonrisa deslumbrante, luego volvió a caminar, y ya no cojeaba. Jugaba a cojear y jugaba con las circunstancias, lo hacía como para hacerme creer que yo era una aparición, una virgen, la «*virgen del pilar*» Por ejemplo. Lo hizo para hacerme creer que mi sonrisa obraba milagros. Pero la aparición era él.

Estoy atónita, estoy bajo el impacto de este encuentro, es el hombre cuyo canto me ha deleitado durante meses al que acabo de conocer allí, el impacto se reproduce en mí como un eco, en una avalancha de sensaciones.

Una vez más, me sumerjo en la oscuridad, el ruido, la multitud del bar; quiero beber Fino. Cuando me lo sirven, lo agarro con cierta ansiedad. Doy un largo sorbo, reteniendo un poco en la boca. En medio de este entorno desconocido, saboreo la majestuosidad de esta escena y de este gesto increíble. Y luego, el talento, el talento para usar las circunstancias y crear algo elegante.

Y luego está esto: cojear por diversión, para engañar al mundo. Es un vínculo que se ha forjado entre nosotros, un vínculo secreto. A mi lado, se ríen, absortos en sus conversaciones; incluso me piden que declare, pero no les presté atención.

No puedo participar en nada, he perdido la cabeza. "*¡Qué guapo es! ¡Qué guapo es!*" Eso es

todo lo que pienso.

Me pregunto qué giros del destino abrieron tales surcos en su rostro orgulloso. La cicatriz que lacera su mejilla, ¿qué violencia la causó? Y luego los dientes, esos dientes de oro que exhibe con tanto orgullo como una joya, ¿qué pérdida primordial le trajeron? Pero los ojos, ojos más oscuros de los que jamás he visto, esos ojos enloquecidos por una vida vivida.

¿ojos?

Inimaginable... Son las que permanecen más profundamente en mi interior. ¿Cómo puedo soportar tales cosas?

Ha llegado el momento, y sigo mecánicamente el movimiento hacia el teatro. Me mantengo un poco apartado; necesito calmar mi corazón. No creo que mi corazón haya latido tan fuerte y tan rápido desde las carreras a las que iba de niño. Tengo que tranquilizarme, tengo que controlar la emoción, de lo contrario no podré escucharla.

El público está sentado en los sillones; he visto un asiento vacío en la tercera fila, así que me siento allí. Entré sigilosamente y ahora espero. Espero con una impaciencia desmedida a que se apaguen las luces y se abra el telón. Se hace eterno y estoy agotada. ¡Quiero que llegue la oscuridad, que me libre de las reverencias obligatorias! Necesito urgentemente recuperar mi privacidad. Finalmente, llega, se abre el telón, hay muchos aplausos, lo reconocemos.

Ciego, al principio creo que es él, y mi corazón se acelera, se acelera de nuevo. Pero es otra persona, otra persona. *cantaor* Está allí, solo, sentado en una silla sencilla en medio del escenario; un cálido foco blanco lo ilumina, todo lo demás es negro, el telón de fondo es negro. Pienso: no hay puesta en escena más hermosa. Y este pensamiento ha vuelto durante treinta años, cada vez que voy *presenciar* Estar presente en un concierto sin ningún elemento de seducción. Sin coro de mujeres bailando, y ciertamente sin artificios: luces, humo, todos los adornos de un "espectáculo". Con Camarón, era pura locura. En toda mi vida, nunca he visto nada tan hermoso en un escenario como Camarón sentado en una silla, como el guitarrista que lo acompaña. Todos son sublimes cuando está con él; están enamorados de su canto, la comunión es total. Es la transmisión inexplicable de Camarón, incluso con la mirada fija en el suelo, sin mirar jamás al público.

Cada año, en el estadio deportivo, nunca levantaba la vista. De lo contrario, habría huido. Era demasiado tímido, y así era como conectaba con todos. Entraba entre nosotros; era un éxtasis colectivo, no un frenesí. Era una concentración, una acogida masiva. Si no lo has vivido, no puedes imaginarlo.

Bresson dijo *"Es en su forma más pura donde el arte impacta con mayor fuerza."* Siento lo mismo que él. "El Cuervo" es la forma más pura de *uncante* De Jerez, en la tradición de un brillante artista, Manuel Torre. Con él llego *los sonidos negros*, los sonidos oscuros, pero todo eso estaba frente a mí, para descubrir, iba a tomar años y nunca terminaría, nunca termina.

Este cantante en el escenario... debo ser el único en el teatro que no sabe su nombre. La anticipación de la llegada de Antonio "el Cuervo" me impide escuchar, apreciar nada. Ahora le ruego en secreto que termine, que acabe de una vez; se lo pido a la Providencia. Está tardando demasiado y estoy preocupado. "¿Antonio 'el Cuervo'? ¿De verdad está en el programa?" Cuando le susurro esta pregunta a mi vecino, obtengo la respuesta. *Sí* Me temo que ya se ha ido. Me pregunto qué hace durante ese tiempo interminable, ese tiempo en el cuadrilátero antes de actuar ante el público. Los toreros están completamente dominados por el miedo, un miedo inimaginable, y nadie parece darse cuenta. El mismo miedo antes de cada corrida; puede durar treinta años para el más veterano. Adquieren la técnica, la experiencia, su arte se perfecciona, incluso frente a los toros. *intolerable* Pero el miedo no cambia. Cuando se detienen, es porque ya no pueden soportar ese miedo, el de

experimentarlo cada vez. Se detienen cuando el miedo, siempre el mismo, los agota; ningún arte expone a uno tan completamente a la muerte.

Pero, ¿qué está haciendo "El Cuervo" con todo este tiempo?

Parece que el cantante ha terminado, porque los aplausos son largos, demasiado largos. Me temo que esto pueda molestar a "el Cuervo"; debe estar entre bastidores, listo para irse. La petición del público de un bis obliga al cantante a sentarse de nuevo y empezar otra canción. Me desanimo; me imagino que Antonio el Cuervo se va a ir, que se va a ir sin haber cantado. Me lo imagino como impulsivo, impaciente, un fanfarrón.

Finalmente, el cantante termina y, entre aplausos, hace una reverencia humilde una vez más, y luego una reverencia violenta. Los largos minutos que siguen se hacen interminables.

Luego desaparece tras la cortina roja. Pero ahora la luz regresa con toda su intensidad.

Finalmente, la sala se sume de nuevo en la oscuridad y se alza el telón rojo. Esta vez es él, sin duda es él, es Antonio El Cuervo. Aparece con su peculiar andar; la flexibilidad de su cuerpo delgado tiene algo de infantil. Creo ver a un niño pequeño, pero cuando saluda al público, entre los aplausos de todo el teatro, su singular voz nasal y quebrada revela una madurez insondable. Se sienta. Me concentro con una extraordinaria intensidad auditiva. Desearía ser simplemente parte de la acústica general, y vuelvo a tener miedo. Temo que mi presencia no sea lo suficientemente discreta. La excesiva expectativa que recae sobre mí podría inquietarlo. Sentado inmóvil, con las manos sobre las rodillas, su mirada penetrante escudriña la oscuridad que tiene delante, buscando entre el público, evaluándolo, percibiendo su estado de ánimo. Es una mirada a la vez escrutadora y ausente. Hay susurros, aunque muy bajos, son demasiado fuertes; temo que le impidan concentrarse. Pero mientras sus ojos continúan explorando silenciosamente la oscura masa del público, mientras permanece en silencio, el silencio desciende gradualmente. Espera hasta que sea total, permaneciendo inmóvil sin decir ni hacer nada. Solo cuando el silencio alcanza la profundidad que desea, comienza a cantar.

Su extraña voz surge del silencio y se intensifica lentamente. Percibo de inmediato la primera reacción del público: sorpresa. Lo inusual. Esta canción es perturbadora. Es estremecedora, cruda, primigenia. Hierde, me hierde, me duele por él y me duele. Este hombre no conoce la piedad. Hay demasiado dolor e independencia en su interior como para que pueda vivir sin ira, eso es lo que pienso. Creo que su vida interior debe asemejarse a este escenario iluminado donde se encuentra completamente solo, este escenario desde el cual envía a todos de vuelta a su soledad primigenia, a su soledad definitiva también.

Se expresa con tal sinceridad, el poder comunicativo de esta canción es tan fuerte, que exige compensación. Para mí, es seguro: debo, a su vez, desnudarme; el público debe recibirlo tal como se entrega; debo revelar mi ser interior. Y agradecerle también. Debe ser recompensado. Cierro los ojos a lo que siento; lo que siento, sin poder hacer nada al respecto, es que estoy listo para ser, por mí mismo, esta compensación. El silencio resuena densamente entre los coplasLa sostiene, la guarda en su garganta. Es la música invisible y muda de la cantante jondoEs una soledad sonora.

Escucho como nunca antes, pienso. Con toda la atención de mi alma. Aunque sea ignorante, aunque aún no sepa nada, reconozco en esta canción un sabor ancestral, una sabiduría prodigiosa. Los aplausos resuenan, El Cuervo hace una reverencia rápidamente, parece complacido, y de repente una sombra cruza su rostro. Parece que algo lo perturba en este éxito, algo ambiguo y humillante. Quizás esté convencido de que nadie puede entenderlo, ni a él mismo, ni a su canción, a su antigua canción. ¡No lo sé, no puedo saberlo!

De repente habla. Empieza a hablar, y es únicamente para denunciar la ignorancia de sus contemporáneos. No halaga al público. Luego empieza otro cantanteSe sumerge en ello como

para olvidar, pero también para dar rienda suelta a todas sus quejas, a toda su rabia.

Se acabó. Hubo una larga ronda de aplausos y luego se cerró el telón y se encendió la gran luz, la fea luz general.

Permanezco sentada, inmóvil, entre la multitud que se marcha, doblando las rodillas para dejarles pasar; es largo y arduo, para ellos, para mí. Tengo que contener los ecos, los sonidos del canto. Y cuando, por fin, todos han pasado, me levanto. Me doy cuenta de que he dejado ir a todos mis compañeros bailarines, pero no me importa. Me quedo sola, entre los asientos vacíos. Se oye un ruido que viene de la entrada del camerino. Quiero acercarme, pero tengo miedo; sin embargo, doy pasos en esa dirección. No soy yo, son mis piernas. No tengo fuerza de voluntad.

Aparece un hombre con rasgos japoneses o chinos, no sé, un hombre con ojos almendrados. Detrás de él hay otros. Todos tienen expresiones bohemias y alegres; están bromeando. Daría cualquier cosa por ser como ellos, por tener su despreocupación. Justo antes de romper.

Estoy tan tensa como la cuerda de un arco, tan rígida como la de una guitarra en este preciso instante: El hombre oriental me saluda, como si me conociera. Me pregunta si estoy esperando a alguien, con una sencillez tan asombrosa que no me lo esperaba... Me quedo desconcertada, avergonzada por la pregunta. No me salen las palabras, ni me muevo. Me observa fijamente todo el tiempo. Avergonzada, me encojo de hombros y luego digo: "-no" Agregó rápidamente que Antonio "el Cuervo" me cayó muy bien. El rostro del hombre oriental se ilumina. Dice: "-Entonces quédate allí, él lo hará"; Próximamente! ¡Vienes con nosotros!" Me habló de manera informal. En mi vida, suele ser así; las cosas parecen desarrollarse mágicamente. Es como si todo estuviera predeterminado, escrito definitivamente. Como si simplemente tuviera que dejarme llevar, no pertenecerme a mí mismo, dejarme guiar por mi destino, hacia mi suerte... Todo lo que necesito es que mi mente, mi corazón, en resumen, que nada interfiera. Paralizado: es decir, que nada me impide estar plenamente presente en cada momento. Pienso en esta buena fortuna que tengo en los encuentros, cuando algo empieza a inquietarme.

No estoy soñando, no, así son las cosas. Mis sueños se transforman diligentemente en realidad, pero no soy yo quien lo provoca. O tal vez sea porque sueño con mucha intensidad, con tanta intensidad que lo supera todo, que me abruma.

Le doy las gracias al hombre. Acepto de inmediato, sin ceremonias. Se presenta; se llama Chiaki, es japonés. Antonio "el Cuervo" es su amigo desde hace mucho tiempo. Luego hay un breve silencio, y entonces Chiaki habla, estallando en carcajadas, con los dientes blancos apretados. Me disculpo porque no lo entendí del todo. Repite con otra carcajada, pero menos fuerte. Lo que dice, lo que le hace reír tanto, es que "el Cuervo" le enseñó a cantar flamenco. Me río; casi no me lo esperaba: un japonés cantando flamenco. No, no podía imaginarlo. Sí, lo creí. Sigo creyendo que todo es posible mientras ames. Pero hay que amar mucho. Chiaki ama mucho el flamenco. *cante* Sobre todo, es *elcante* de "el Cuervo", a quien ama.

Después de reírnos juntos, mi timidez se desvaneció de repente. La audacia la reemplazó. Una audacia que no sabía que poseía, no así. Estar aquí es algo nuevo para mí. Soy francesa y vine aquí por esto, por el flamenco. Para aprender a bailarlo. Definitivamente, sí, lo sé, es para toda la vida. Estoy segura de que amaré este arte hasta que muera, hasta el último día de mi vida. Chiaki lo entiende todo. Su mirada es tierna, y me enternece a mí también. Creo que es la curva perfecta de su piel, estirada hacia el origen de su mirada, lo que me conmueve; siempre la encuentro magnífica. Repito que revelaciones como esta son raras.

Quizás solo ocurren una vez en la vida. Llegué hace dos meses. No, no sabía ni una palabra de español cuando llegué; ni siquiera sabía decir *GRACIAS*. Sí, aprendí rápido, pero eso es porque llegué con menos de mil francos, así que se aprende rápido.

Le conté que así fue: un día lo dejé todo atrás, seguí mi propio camino, y eso fue todo. La determinación, no sé de dónde surgió, fue asombrosa. Actué sin escuchar lo que pensarán los demás, ni siquiera mi familia. No, nada podría haberme detenido.

Chiaki dice que eso es lo que hace el flamenco, que me sorprenderé, que veré a otros como él. Vienen del otro lado del mundo para esto, como él, como yo. Es pintor. También se quedó aquí definitivamente por esto. Vende sus cuadros en Japón, pero su vida está aquí. Y Chiaki vuelve a reír. Si lo entiendo bien, quiere decir que nunca tuvo la intención de vivir de ello. *cante*? Quiero ganarme la vida con ello? *hogar*—Sí, me gustaría —le digo, y entonces siento que un silencio me invade, casi una tristeza. Chiaki está a punto de decir algo, pero duda. —Algún día... —dice lentamente, articulando con cuidado.

Cuando tenga la suficiente destreza para actuar en público, él podrá cantar para acompañar mi baile, si yo quiero. También dice que tiene un amigo en California que es un guitarrista excelente. Lleva cuarenta años en España y ha grabado dos discos con "El Cuervo". Quizás podría tocar para mí también, ¿por qué no?... Se ríe de nuevo y luego dice que el arte es así, universal, que si fuera solo folclore no sería así.

Arrastra a los dos hombres con los que lo vi. Chiaki intenta detenerlo, me quiere. De

repente hay un rumor, aparece Antonio "el Cuervo". En su exuberante estela él

para presentar, pero con un gesto de impaciencia Antonio "el Cuervo" le susurra:—¿*Quieres presentarme a alguien que ya conozco?* Chiaki no entiende nada. Antonio El Cuervo mira al pequeño grupo; significa: síganme. Se dirigen hacia la barra. Estoy en un estado extraño. Los sigo. Me asombra encontrarme allí, tan rápido, tan cerca de El Cuervo. Es un desconocido para mí, y sin embargo, ya me resulta familiar.

Apenas había entrado por la puerta cuando pidió bebidas para todos. No habló, gritó al pedir. Me quedé atrás, con los ojos pegados a él, no podía apartar la vista. Habló de esta noche, habló de *la cante*. Se dirige a todos los presentes con gestos grandiosos y elegantes. Es decir, nunca había visto nada igual; no hay afectación en esos gestos, no hay poses, es simplemente él. Su exuberancia nace de su pasión. Su prodigiosa energía también es su pasión. Luego hay una especie de descaro mezclado, una insolencia a la que parece no poder renunciar. Es la esencia misma de su alegría, al parecer. Provoca con júbilo; su alegría es impertinente. Si molesta, no le importa; si hiere, no lo sabe. De vez en cuando, su voz se eleva de nuevo, elevándose por encima del bullicio para invitar a un recién llegado a tomar una copa, y vuelve a su tema, que nunca olvida. El tono se vuelve profético, amenazante. Sin embargo, siempre termina con esa amplia sonrisa dorada. Estoy en contemplación, estoy perdido en ella. Olvido mi propia presencia.

Chiaki se acerca a mí, sí, y empieza a contarme cosas sobre sí mismo. El padre de Antonio, "el Viejo", era herrero, una profesión ancestral entre los gitanos de España. Pero también era cantaor flamenco aficionado, lo que significa que cantaba para el *Caballeros*. Los terratenientes adinerados, dueños de las tierras donde estos mismos hombres, que trabajaban como jornaleros, acudían por las tardes. Venían a petición de los Señoritos, los terratenientes que querían aprender de su arte y conocimiento. Por ello, les pagaban una miseria, una miseria. De día, trabajaban las tierras de estos hombres; de noche, practicaban su arte, que era también su alma y su única posesión. Los Cuervos eran una dinastía de cantantes famosos en Jerez. Fue Manuel Torre, el más grande cantante de la época según Chiaki, quien era amigo del padre de Antonio. Él había transmitido esta tradición cantativa a toda la familia. "*La canción de los sonidos negros.*" - "*¿Sonidos negros?*" Pregunto sin entender.

Chiaki dice que sí, y luego hace un gesto que indica que se refiere a algo grande, algo complejo. Que lleva tiempo comprenderlo, pero que poco a poco, aprenderé, lo sabré.

El acento de Chiaki es hermoso, fascinante, una mezcla de japonés y, a veces, andaluz. Domina el idioma como yo aspiro a lograr. Regresa a "el Cuervo", y es él quien nos conecta, él y su canción. Fue así, pues, con Manuel Torre, que esta familia jerezana heredó toda la tradición de esta singular y extraordinaria canción. Son diez hermanos, y todos cantan, pero es Antonio quien se ha distinguido al ganar un importante premio y grabar el primer disco. *"Pero es terrible."* Dijo esto entrecerrando aún más los ojos; no pude ver sus pupilas. Pregunté: *¿Por qué es tan terrible?* Hubo un silencio, y entonces Chiaki dijo con vacilación: *«Es su sed de verdad»*. Añade: *«Su sed de verdad lo lleva a chocar con todo el mundo. Es demasiado intransigente, demasiado radical en sus juicios. Siempre ha sido perjudicial para su carrera, pero no va a cambiar»*. Chiaki me confió esta información en tono confidencial. Luego guardó silencio, escuchando a Antonio, quien discutía acaloradamente con un aficionado a la tauromaquia. Uno pensaría que tal vehemencia desembocaría en violencia, pero no, "El Cuervo" se reía a carcajadas. Se notaba que disfrutaba provocando a la gente; eso era lo que le apasionaba: generar controversia.

El Cuervo, me explica Chiaki, valora su libertad por encima de todo y *"Nada ni nadie debe violarlo, ni siquiera los lazos emocionales, ni siquiera los lazos filiales."*

Antonio está tan emocionado como un niño pequeño, quizás porque está contento con cómo cantó esta noche. La vitalidad de sus movimientos electriza todo a su alrededor; atrae la mirada de todos hacia una especie de hipnosis. Cada vez que un desconocido entra al bar, lo invita a pasar. Aparte de eso, habla de sí mismo, o mejor dicho, habla de su canto. Su carisma es único; es inocente. Absorbo cada palabra que dice, y él permanece erguido, conmocionado pero sereno a pesar de todo. A menudo me mira con una especie de júbilo contenido. Lo siento, yo... Los camareros anuncian la hora de cierre. Antonio "el Cuervo" saca un grueso fajo de billetes; es su tarifa de la noche, pagada en efectivo antes del concierto. Chiaki me explica: *"Él nunca canta a menos que tenga el dinero primero."* Le pregunto si suele dar conciertos como este. No, esto es "La Cumbre", que significa la cumbre; es un festival que se celebra en Madrid una vez al año. Es en uno de los teatros más grandes de la capital. Antonio canta en También en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, donde vivió. Y en Japón.

"El Cuervo" ya ha tomado el fajo de billetes, que divide en dos partes desiguales, y grita, no sabe hablar de otra manera, blande el fajo más grande y exclama *"Eso es para hoy, ¡el otro es para mañana! Después de eso... ¡Dios me bendiga!"* Y paga en efectivo en la barra las bebidas de las veinte o treinta personas que han entrado al bar desde que salieron del teatro. Treinta y dos mil pesetas.

De repente, me indigna que nadie parezca darse cuenta de que este dinero que derrocha con tanta ostentación, esta alegría increíble e incontenible por pagar por todos, dice mucho de él. De su pasado. Y apenas se lo agradecen. Entre todos los que aceptan la invitación, los más cómodos son los que menos reaccionan; simplemente se quedan allí, divertidos e impenitentes. Lo que queda claro es que nunca han conocido ninguna dificultad ni la humillación que conlleva, y este gesto no significa nada para ellos, esta magnífica locura de alguien que no tendrá nada mañana.

En verdad existen dos tipos de seres en esta tierra, y perdónenme por amar a algunos y sentirme irremediabilmente distante de otros; es este pensamiento el que me asalta, lo que lo hace aún más admirable.

En la acera, cada uno toma su camino. Antonio "el Cuervo" camina con un amigo, guiñándole el ojo a Chiaki constantemente. Entiendo los guiños: Chiaki tiene que seguirlo conmigo, tiene que asegurarse de que no me quede sola, de que no me pierda de vista, de

que no deba desaparecer. Me río, Chiaki me mira sorprendido, no entiende que aunque quisiera, no podría. Allí estamos, los siete frente a un viejo Mercedes, nos subimos.

No pregunto adónde vamos, no pregunto nada. Lo sé en este momento: mi vida ya no me pertenece. En el coche, Antonio "el Cuervo" no deja de mirarme. Habla con un acento andaluz tan marcado que me cuesta entenderlo todo, pero es maravilloso oírlo. Y entonces, de repente, me doy cuenta de que repite mi nombre una y otra vez. Prueba diferentes sonidos. Como es un sonido completamente nuevo para él, no consigue memorizarlo. Lo repite, golpeándolo rítmicamente contra el salpicadero; los demás se ríen.

Llegamos al centro histórico. El coche se detiene frente a un bar, "Doña Concha". El lugar está tranquilo, pero esa tranquilidad se desvanece en cuanto llega nuestro bullicioso grupo. Para acomodarnos, se oyen gritos, llamadas y se mueven las sillas. No sé cómo sucedió, pero me encuentro sentada frente a Antonio. Inmediatamente, pienso en este dilema: ¿cómo puedo escapar del magnetismo de su mirada? Está muy contento; su alegría no se debe al alcohol. Sigue invitando a todos, pero saborea su bebida muy despacio. *hasta*.

Su alegría es contagiosa. Me habla sin parar, a veces con voz atronadora, a veces en un susurro, sin término medio. Esa peculiar manera que tiene de modular la voz, sin entender una palabra de lo que dice, me abruma. Solo eso bastaría para embriagarme. Me siento arrastrada. Es una corriente que me aleja de tierra firme, de mi entorno familiar, de mi razón. Esta corriente me transporta a un océano desconocido donde pierdo toda noción de la orientación.

Antonio el Cuervo se aleja para saludar a dos personas que llevan tiempo queriendo hablar con él, y yo... Me quedo atónita. Ya no distingo casi nada a mi alrededor, ni personas ni cosas. Mis pensamientos se dirigen a él. ¿Y qué siente? Pienso: soy una extraña, fascinada por sus ojos. ¿Ve más? ¿Ve más allá de mí? Bajo su mirada penetrante, solo puedo ser transparente. Y entonces me invade una certeza: es solo en los ojos de los demás donde todo nos separa, una ternura mortificada, y no podemos vivirla sin pasión. En realidad, él y yo, ahora lo sé, somos iguales. Ha habido demasiado dentro de nosotros. Antonio regresa, con sus ojos oscuros y ardientes fijos en mí, implacablemente. Cuando acerca su rostro, me devora, devora mis ojos, mi boca. Bajo esa mirada penetrante, quiero permanecer intacta, valiente. No le temo a nada, y además, es demasiado tarde. Iré hasta el final. "Hasta el final", no sé qué significa, pero sé que lo haré, que no puedo defenderme. Sé que no puedo escapar. Es una especie de hipnosis. Pero me mantengo firme, enfrentándolos con orgullo, fuerte y resiliente. Estoy lista, lista para cualquier cosa.

Creo que no está acostumbrado a que lo miren tan directamente. Es demasiado llamativo, y los demás lo observan desde la distancia, ya sea que lo admiren o lo consideren loco. Pero yo elimino todas las distancias de golpe, y eso es lo que creo que lo asombra.

Me sonrió y finalmente se quedó quieto; estaba charlando en voz baja con su primo. Su sonrisa era irresistible porque no ocultaba su alegría. Sin embargo, pude ver que quería moderar ese afán por conocernos mejor. Sin perderme de vista, parecía estar diciendo: *"Espera, espera."* Así que sonrió, ¡él es el impaciente!

Se esfuerza por ser considerado con quienes lo rodean. Pronto le piden que cante, pero se niega. Me uno a su petición; deseo con todo mi ser, con toda mi pequeñez, que cante allí mismo, cerca de mí. Me mira entonces; hay gravedad en su mirada. Y luego ríe, una risa corta y suave, y comienza, se lanza a cantar: igual que unas horas antes en el escenario, pero con aún más fervor, porque aquí se entrega en la intimidad de su propio ser.

Esta canción es difícil de asimilar; tienes que desnudarte por completo ante ella. Para recibirla, tienes que alcanzar un nivel máximo de receptividad. Tengo que estar presente como nunca antes ante nadie, y absorberlo todo. Todo, de frente.

No puedo dudarle: cada verso que recita está dirigido a mí, canta sin apartar la vista de mí, se apoya en mí, en esta valentía que acaba de descubrir; y yo, sin comprender todo su *Lírica* Puedo intuir lo que me falta y sigo insatisfecho.

La experiencia de este hombre es inmensa; lo que revela es un universo de dolor sin fondo. Es como esa noche que se profundiza junto con el deseo, ese deseo nocturno que surge por doquier y que, entre Antonio el Cuervo y yo, mientras él canta, lo está aniquilando todo.

Este dolor que me promete, estoy dispuesta a recibirlo, a hacerlo mío. Continúa sin apartar la vista de mí. Esta canción es tan terrible como su mirada; me asusta. Sin embargo, no tengo miedo; estoy completamente abierta a recibir, a absorber estos sonidos oscuros que me erizan la piel; dentro de mí, solo hay emoción.

Esta tensión siempre renovada, esta tensión controlada, existe en el flamenco y en ningún otro lugar. Ninguna otra música lo logra así, con esta intensidad. Alcanza un clímax, se libera solo para resurgir lentamente, gracias a los silencios que contiene, y luego se despliega majestuosamente. Y comienza de nuevo hasta otro clímax, superando al anterior.

La escuché en el casete hasta que se desgastó, pero ahora, en su presencia, se vuelve insoportable: ¿hasta dónde revelará sus sentimientos más íntimos, la verdad que lo impulsa? Termina su canción concentrado en mí, como si me sujetara con la mirada, como si quisiera poseerme, como si viviera solo allí, aferrado a mis ojos, hasta que... *finalizar*, este arte de la culminación que es como una pequeña muerte, una realización final.

Hay *Ser* Y los aplausos, él está ajeno a todo. Le susurra a la "Gitana de Bronce". "*¡Oh, ese pequeño! ¡Ese pequeño!*" Bajo la mirada, reúno fuerzas para ponerme de pie. Mi cuerpo tiene sus razones, y me está superando; esta vez tengo que ir al baño. Pero al mismo tiempo, debo asegurarme de que no se note. Mi tormento interior no debe ser evidente. Debo controlar el leve temblor que me invade.

Me encuentro sola con mi agitación, con mi caos. Es ahí donde comprendo la magnitud del momento que estoy viviendo. Y es ahí, en la soledad del baño, donde todo cobra sentido. Es el lugar donde... Mi corazón da un vuelco, se llena de alegría. Entonces bebo el agua lentamente, con avidez. Bebo con deleite, directamente del grifo. Está helada, me arden los labios, mi sed es insaciable. Me salpico la cara varias veces, intentando apagar el fuego en mis mejillas. Cuando levanto la cabeza, veo un espejo; no reconozco mis ojos, son extraordinariamente brillantes, penetrantes. Lo sé, es porque siguen fijos en su rostro, es la mirada que le dediqué. Yo... Aparto la mirada porque esa mirada no es para mí; no quiero presenciarla. ¿Por qué me resulta indecente? No lo sé. De repente, me siento impotente, indefensa. Sí, soy inocente, y anhelo depositar mis brazos a sus pies.

¡Ya no quiero que cante! Lo que deseo ahora mismo no puedo contárselo a nadie. Lo que deseo es dormir a su lado en la oscuridad, estar abandonada a su lado. Lo indescriptible es este deseo repentino: estar a su merced.

Al salir, él entra al baño de hombres. El pasillo es estrecho. Se detiene cerca de mí. Me mira fijamente; hay alegría en sus ojos, pero también gravedad, luego un gesto casi apasionado, que reprime justo antes de tocar mi rostro. Quería tomarlo entre sus manos. Bajo la mirada; una vez más, tengo que bajar la mirada, eso es todo. Nos separamos.

En la mesa, me encuentro de nuevo en el mundo. Chiaki me mira, sonriendo con sus ojos

almendrados. Al otro lado de la mesa, me acaricia la cabeza con cariño. El gesto tiene algo de paternal, algo de cómplice también. Me pregunto: ¿es posible que solo conozca a Antonio el Cuervo desde esta noche? No, parece una eternidad. Escuché su canción en bucle en el minicasete, un lado y luego el otro, y así sucesivamente, durante horas y horas. Confinada a mis sábanas, atrapada en el insomnio, minuto tras minuto, hora tras hora, estaba envuelta en la canción, envuelta en las sábanas, prisionera del insomnio pero cautivada por la canción: me liberaba, me aliviaba. ¿Pero él? Todas las puertas para llegar al otro, para conocer al otro, entre él y yo, parecían haberse derrumbado una tras otra. ¡Esta cercanía, tan extraña, tan brutal! Estoy aturdida por estos pensamientos, aturdida por lo que me está sucediendo. Y nada más me afecta. Ahí está la mirada oblicua de Chiaki sobre mí; la siento, siento su amabilidad. Estoy borracho, pero no por alcohol. Alguien me pregunta mi opinión sobre "la singular personalidad de la *grancantaor*" "Los oigo, pero soy incapaz de responder. Insisten, y termino diciendo algo completamente insensato, una banalidad absoluta. Me avergüenzo de estas palabras tan inadecuadas; si salen de mi boca, ni siquiera son mías."

Antonio el Cuervo regresa al mismo tiempo que su primo, "el Gitano de Bronce" (el Gitano de Bronce); el tercer hombre, el que completaba el trío en la calle. Con sus trajes negros, camisas blancas, cuellos abiertos sobre sus pechos bronceados, sus zapatos negros de charol y su porte altivo, y luego sus gestos, la forma en que colocan las manos, la forma en que se apoyan el uno en el otro, tienen el aire de la Mafia. Me pregunto cómo serán los mafiosos de Sicilia. Serían otra Mafia, una Mafia del Sur también, una Mafia Gitana. No, son niños jugando a ser mafiosos. Los gitanos tienen eso toda la vida, el aire de niños que crecieron demasiado rápido. Los niños son hombrecitos; no han dejado la infancia pero ya son hombres, pero son hombres en quienes la infancia perdura hasta la muerte. De ahí, lo sé, viene este temperamento, este deseo de vivir solo en el momento presente, que solo puede experimentarlo compulsivamente, nunca fuera de la emoción. Sé que eso es lo que me atrae de ellos, y también que lo reconozco; conozco este temperamento tan bien como me conozco a mí mismo. Es mío. Pero dentro de mí también hay una nostalgia indescriptible, no sé por qué, una nostalgia casi insoportable. Sé, al menos, que anhelo compartir la esencia de esta vitalidad.

Son las cuatro, el dueño viene a decir que va a cerrar, lo dice con tanta firmeza que nos vamos rápidamente. Salimos y hace fresco; todos hablan en voz alta, hacia los coches. Antonio el Cuervo y yo nos quedamos un poco atrás. Y entonces, de repente, pequeño en su mano. La sostiene. No se da cuenta de que la aprieta con tanta fuerza, y entonces toma mi mano. Lo dejo, siento la emoción crecer dentro de mí. Mi mano es mucho más. ¡Qué agarre! Podría aplastarla fácilmente; estoy asombrada, no tengo miedo, o mejor dicho, es un miedo agradable. Siempre me ha encantado tener miedo. La mantiene cautiva, no afloja su agarre ni un instante. Es así, de la mano, que caminamos hacia el Mercedes donde ya se han amontonado todos. El asiento delantero está vacío para El Cuervo. Hay un tono de broma en la parte de atrás, y mientras hablan, él permanece en silencio. Luego llega el silencio. Y tan pronto como llega el silencio, dice en un susurro, sin agacharse: *No vamos a ir. TÚ"Vete y déjanos en paz..."* "Nadie dice nada, así que El Cuervo añade *"Nos vemos mañana."* Y con la mano izquierda, golpea dos veces con fuerza el capó como para arrancar el motor: que el coche arranque ya.

Entonces se despiden con la mano, nos desean buenas noches, y sus ojos buscan, buscan los

de Antonio, buscan una conexión que él no quiere darles. Una conexión llena de significados tácitos. Chiaki, por su parte, nos da una señal discreta, su mirada intensa, no sé qué quiere decir. Nunca sabré con certeza qué había en sus ojos, si era alegría, tristeza o ambas. Entonces, cuando el coche arranca, Chiaki exclama de repente, incapaz de contenerse, y se dirige a Antonio: "-¡Cuidado con ella!" No entiendo si esto significa que debería cuidarme o, por el contrario, que no debería confiar en mí.

El coche se ha ido, y ahí estamos, solos en la calle. Es entonces cuando pienso en Julien. Por primera vez en toda la noche. Me pregunto si estará dormido. Me pregunto si estará preocupado. De repente, con nostalgia, lo echo muchísimo de menos, y también esa cercanía que nos une por encima de todo. No tengo nada que temer; nuestro amor lo trasciende todo, no puede ser amenazado. Ni siquiera por un encuentro extraordinario; nuestro amor lo abarca todo, lo comprende todo.

Antonio paró un taxi y me dio la dirección de la pensión donde se alojaba. Siguió apretándome la mano con fuerza; me estremecí ante la presión, recordando lo que Chiaki me había contado: había sido herrero desde su adolescencia y sus dedos aún parecían garras de águila. Me invadió una sensación de aprensión, que no podía negar, pero más allá de ella, o mejor dicho, a través de ella, me sentía feliz, indescriptiblemente yo misma: mi destino se estaba desplegando, y era con este extraño con quien me sentía más natural y segura.

El taxi se detuvo, estábamos frente a la pensión, no vi pasar nada, ni las calles ni el tiempo. ¿Dónde estaba yo durante ese trayecto? ¿Cómo soy capaz de esto? ¿De estar tan desconectado de la realidad? Antonio sacó un billete y le dijo al conductor que se quedara con el cambio. El conductor se sorprendió; probablemente no oyó bien. Buscó los billetes para dar el cambio, y El Cuervo repitió, irritado, que no quería nada.

Ya está afuera y me abre la puerta para que salga, luego la cierra de golpe a mis espaldas, pero ya está delante de mí. Apenas puedo seguirle el ritmo, va tan rápido, toca el timbre. Llamó al interfono varias veces con impaciencia. Su impaciencia era graciosa, sí, bastante infantil. Era como un niño pequeño, muy emocionado y feliz, al que no le importaba en absoluto que lo regañaran, ni lo que el mundo entero pudiera estar diciéndole en ese momento. Solo le importaba una cosa: aquello que tanto ansiaba, y su alegría era más fuerte que cualquier otra cosa.

Subimos las escaleras de cuatro en cuatro, de la mano. Un hombre de facciones demacradas nos abre la puerta, murmura unas palabras, no parece contento. Antonio lo saluda sin detenerse, me arrastra tras él hasta el final del pasillo como si fuera un muñeco de trapo, sin soltarme la mano; mi pequeña y estoica mano, aplastada entre las suyas. en la cerradura.

Sin aflojarlo, con la otra mano saca una llave pequeña del bolsillo y la gira rápidamente (...)